

Ser vigilantes en un mundo desesperanzado

Estamos finalizando el año litúrgico. De nuevo surge ese toque de atención que es una llamada a la vigilancia, a saber leer los tiempos y los acontecimientos de la historia presente. Historia religiosa y política, historia personal y colectiva, historia de la familia, historia de la comunidad religiosa-monástica. Todo tiene que pasar por el tamiz del discernimiento. Saber de qué calidad es nuestra fidelidad, en qué se fundamenta, si está arraigada en la fe en Jesucristo, roca firme de nuestra vida, o en la arena movediza de las satisfacciones inmediatas de niños caprichosos y sin sentido. Saber de qué calidad es nuestra esperanza, que quién se fundamenta, cómo la mantenemos despierta para no encontrarnos con cualquier cosa, para no desesperar del ser humano, no perder nunca el anhelo de la vida eterna para todos, no dejar de buscar, de crecer, de confiar. Aunque no lo sepan, los que viven así están esperando la venida de Dios. Porque debemos tener mucho cuidado con las falsas seguridades que, haberlas las hay. Y Jesús de Nazaret nos dice que: “Por muy elegido que te creas y por más digno que sea el grupo o la comunidad a la que perteneces, si la lámpara de tu vida no da la luz que quiere el Señor, te darán con la puerta en las narices” (J. M^a. Castillo).

El texto del libro de la Sabiduría que se nos proclamó nos abre la puerta para adentrarnos en esta parábola singular de las diez doncellas: “La sabiduría la encuentran los que la buscan... Quien vela por ella pronto se verá sin afanes”. Es la parábola de la vida y no es fácil escuchar hoy este mensaje que nos plantea una cuestión que es vital: ¿Hacia dónde camina nuestra vida? ¿Qué espero o qué esperamos? ¿De qué alimentamos nuestro hombre interior? Al hombre de nuestros días solo parece fascinarle lo nuevo, lo actual, el momento presente, sin darse cuenta de que todo tiene un sello de caducidad, que lo nuevo mata lo nuevo, y el momento presente es caduco. Por eso hay tanta ansiedad, tanta agresividad, tan poca esperanza. Si solo queremos vivir el gozo inmediato de las cosas, estamos quemando inútilmente el aceite de nuestra lámpara, y la lámpara de nuestro cuerpo es el ojo, y si nuestro ojo está enfermo, grande es nuestra oscuridad interior y, lo que es peor, esa oscuridad ahogará los sentidos porque perderemos la capacidad de ver y de sentir la presencia del Santo en todo lo que nos es familiar, en todo lo que va aconteciendo en nuestra vida.

Khalil Gibran dice muy acertadamente: “Vuestra vida cotidiana es vuestro templo y vuestra religión. Cuantas veces entréis en ella, llevad con vosotros vuestro ser. Llevad el arado, la fragua, el martillo y el laúd. Las cosas que modelasteis en la necesidad o en el placer. Pues en sueños, no podéis elevaros por encima de vuestras realizaciones ni caer por debajo de vuestros fracasos. Y llevad con vosotros a todos los hombres. Pues en la adoración, no podéis volar por encima de sus esperanzas ni descender por debajo de su desesperación. Y si queréis a Dios, no os preocupéis por descifrar enigmas. Mirad, más bien, a vuestro alrededor y Le encontraréis jugando con vuestros hijos. Y abrid vuestros ojos al espacio y Le veréis caminando por las nubes, extendiendo sus brazos en el relámpago y descendiendo en la lluvia. Y Le veréis sonriendo en las flores y luego levantándose, agitando las manos de los árboles”.

La vigilancia a la que Jesús nos llama es una actitud interior que nos ayuda a estar atentos. No se trata de prepararnos para gozar un día de una vida eterna que ya es garantía y don gratuito de Dios, es otra cosa. Tampoco la vigilancia la tenemos que considerar como largas vigilias de oración, austeridades y ayunos, ni tampoco renunciar a los gozos de la vida que se nos dieron para nuestro disfrute. Nuestra vigilancia radica en hacer que las actitudes del Jesús de los Evangelios estén dentro de nosotros, sean nuestra vida, sea el camino de encuentro con todos los que trabajan por la justicia y por la paz. Que todos los esfuerzos por mejorar este mundo se unifiquen, porque la unidad, a pesar de las diferencias ideológicas y religiosas nos

llevará a conseguir que el derecho de las personas a ser felices sea una realidad. Porque el ser humano no tiene solo “necesidades” que se apagan cuando han quedado satisfechas. Lo propio de hombre es el “deseo” que no se sacia nunca, puesto que está abierto al infinito y a lo universal. El ser humano es deseo de amor, de verdad, de plenitud, de felicidad total y esto no se consigue con la mera satisfacción de los bienes materiales. El hombre interior tiene insatisfacciones que lo meramente natural no puede llenar.

En esta parábola hay personas que se sienten molestas por la actitud de las doncellas prudentes que no quisieron compartir su aceite con sus compañeras. Pero hay cosas que no se pueden compartir y son intransferibles. La falta de previsión en este caso es una falta de atención a la vida. Cada uno conoce su propia verdad, aquello que lo mantiene despierto en su corazón o, al contrario, ¿qué es lo que además del sueño natural, también hace que se duerma el corazón y hace que también se apague la luz? No es esta una cuestión menor, porque nuestras actitudes y respuestas, nuestra cercanía o lejanía de las cosas y de las personas son las que van a definir nuestra respuesta final y la atención de nuestro oído interior para escuchar la voz que nos anuncia la llegada del Esposo, que no tiene que estar referido a un momento final. Cada vez que nos negamos al prójimo, que nos replegamos sobre nosotros mismos, insensibles al dolor ajeno, al inmovilismo, cada vez que cerramos una puerta, estamos vaciando el aceite de nuestras lámparas, el aceite del amor gratuito y generoso.

Concluimos nuestra reflexión con unas palabras de J. A. Pagola: “El evangelio nos invita a la vigilancia. La esperanza cristiana no se instala en la inconsciencia. Al contrario, inquieta, anima nuestra responsabilidad y creatividad; no nos deja descansar. Una persona que mantiene viva la lámpara de la esperanza es una persona eternamente insatisfecha, que nunca está del todo contenta de sí misma ni del mundo en que vive. Por eso, precisamente, se la ve comprometida allí donde se está luchando por una vida mejor y más liberadora.

Estos son los creyentes «sensatos» que tanto necesita nuestra sociedad. Personas de esperanza incansable. Hombres y mujeres que saben que el nivel de vida no es la última salvación que apacigua al ser humano. Creyentes que luchan por un mundo más humano, pero que saben que nunca será un punto de desarrollo de nuestros esfuerzos, sino regalo de Aquel en quien encontraremos un día la plenitud.”

<http://www.monasteriodesobrado.org/>